

Oración Fúnebre

(Homilía del 15 de abril de 1996)

MONS. JUAN ANTONIO FLORES
ARZOBISPO DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS

Queridos Hermanos:
"Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá con el Señor (Juan 11,25).

Saludamos con afecto al señor Cardenal López Rodríguez, siempre presente en los momentos densos de la vida, de dolor, o de gozo, en nuestras Iglesias locales; saludamos y agradecemos también la presencia del reverendo P. Maurizio Bravi, Secretario de la Nunciatura Apostólica, representando al señor Nuncio Apostólico, Su Excelencia François Bacqué, en este momento ausente por encontrarse en Europa, pero quien me ha comunicado sus condolencias por el fallecimiento de Monseñor Polanco; también a todos los hermanos en el Episcopado que comparten con nosotros estos momentos solemnes y fúnebres; a todos los sacerdotes, diáconos, religiosas y fieles movidos por el amor y gratitud a monseñor Polanco, quien fue su primer y querido Obispo, a todas las autoridades e hijos de esta hidalga ciudad de Santiago de los Caballeros quienes siempre han admirado y apreciado al que también fue su primer Pastor y guía; a todos los amigos de otras Diócesis y pueblos que vienen a acompañarnos en este acto. Abrimos también los brazos para acoger y consolar a todos los hermanos y hermanas de Mons. Polanco, y a todos los familiares de esta distinguida familia Polanco-Brito, oriunda de Salcedo. Que el Señor derrame sobre ellos un bálsamo de paz y de amor.

Todos los hijos de la Iglesia en este país, y podríamos decir, que todas las personas de buena voluntad, estamos conmovidos ante la muerte de Monseñor Hugo E. Polanco Brito, con-



sagrado a la obra del evangelio desde adolescente y por largos años, en apostolado fecundo, y uno de los pioneros del desarrollo y florecimiento de nuestra iglesia en esta segunda mitad del siglo en que vivimos. No sólo para bien de la Iglesia, sino de toda la Nación, monseñor Polanco ha sido un prominente en la formación de la fe, de la cultura, la educación y del mismo desarrollo material.

Nació en Salcedo el 13 de octubre de 1916; en el mes del Santo Rosario del que fue muy devoto. Hizo sus estudios eclesiásticos de 1933 a 1944 en el Seminario Santo Tomás de Aquino, en Santo Domingo. Se ordenó sacerdote el 25 de junio de 1944.

También hizo estudios de post grado en Roma. En 1954 fue ordenado obispo; primer Auxiliar de Monseñor Octavio Antonio Beras, más tarde Cardenal; y poco tiempo después, el 22 de julio de 1956 fue designado primer Obispo de Santiago, por su Santidad el papa Pío XII. En el 1966 fue nombrado Administrador Apostólico de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Sede Plena; y el 10 de mayo de 1975 nombrado Arzobispo-Obispo de la Diócesis de Nuestra Señora de la Altagracia, Higüey, donde estuvo hasta su retiro por edad. Ocupó por un período la presidencia de la Conferencia del Episcopado Dominicano y prestó servicios en el Consejo Episcopal Latinoamericano-CELAM.

Ha muerto el 13 de abril de este año, en la octava de pascua, en los días en que la Liturgia celebra la solemnidad del Señor Resucitado. Por eso, si bien su muerte nos consterna y apenas dejando un gran vacío entre nosotros; por otra parte, la fe en Cristo Resucitado nos anima a la alegría pascual y a la esperanza en otra vida que trasciende y llena nuestras ansias humanas y espirituales.

Decía San León Magno que “es propio de la fiesta pascual que toda la Iglesia se alegre por el perdón de los pecados, no sólo en aquellos que han renacido por medio del santo bautismo, sino también en aquellos que desde hace tiempo son contados entre el número de los hijos adoptivos de Dios”.

La primera lectura tomada de la Carta de San Pablo a los Romanos, propia de este tiempo pascual, nos recuerda “¿O es que ignoran que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos sumergidos con él para participar de su muerte. Pues, por el bautismo, fuimos sepultados junto con Cristo para compar-



tir su muerte, y, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros hemos de caminar en una nueva vida. ” (Rom. 6,3-4).

Los Obispos dominicanos hemos querido dedicar este año 1996 a reflexionar y a hacer reflexionar en el Bautismo, don y compromiso, con ocasión de los 500 años de los primeros bautismos en nuestra tierra y consecuentemente en el Nuevo Mundo, celebrados en la Concepción de La Vega, el 21 de septiembre de 1496. Como indica la lectura de hoy es por el bautismo que nosotros obtenemos la purificación de nuestros pecados, el don de ser llamados hijos de Dios y de poder tratarlo familiarmente como padre amoroso y además el hecho de ser injertados en Cristo e incorporados a la Iglesia.

Todos estos sublimes dones mesiánicos se nos dan a través del bautismo que nos proporciona Aquél, Jesucristo, por el cual: “Se hizo visible la bondad de Dios y su amor por los seres humanos y, entonces, no en base a las buenas obras que hubiéramos hecho, sino por su misericordia nos salvó con el baño regenerador y renovador con el Espíritu Santo que Dios derramó copiosamente sobre nosotros por medio de nuestro Salvador, Jesús Mesías”. (Tit. 3,4-6).

Pero no cabe duda que en esto tiene validez el antiguo adagio de que “la nobleza obliga”. Haber recibido el bautismo de Cristo, en el agua y en el Espíritu Santo, nos obliga también a esforzarnos para colaborar con: la restauración del orden perdido por el pecado: la reconciliación del hombre con Dios, de los hombres entre sí y del hombre con la naturaleza. El mundo (la familia, la profesión, el pueblo, el Estado, la política; las relaciones del individuo con Dios, consigo mismo, con los demás, con la naturaleza) es su campo de acción y su responsabilidad. Una responsabilidad que no es un añadido sino que le corresponde originaria y esencialmente por el bautismo y de la cual no le es lícito deshacerse ni liberarse” (No. 40-41).

Son ideas de la reciente Carta Pastoral de los Obispos sobre el bautismo. Son las exigencias de “la vida nueva” en nuestro corazón, en el hogar y en la sociedad que debemos llevar los bautizados en Cristo.

Ciertamente somos moralmente débiles y recibimos continuamente los embates de los vientos contaminados de un mun-



do sensual y egoísta; por eso tenemos también la obligación de acercarnos a Cristo “trono de gracia y de misericordia” (Heb. 4,16), ese Hombre-Dios que, según el evangelio de hoy, tiene pleno dominio sobre la muerte y sobre la vida y que le hizo exclamar a la Marta del evangelio “sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo”.

No podemos excusarnos ante Dios nuestras caídas por debilidad si no acudimos al Señor con la meditación de su palabra y con la oración para recibir la gracia y la fuerza que nos ha merecido el mismo Jesucristo en su muerte y resurrección. San Pablo nos dice que el Señor Jesús es: “fuerza y salvación de todo el que cree” (Rom. 1,16).

He querido detenerme un poco en estas reflexiones para cumplir con lo dispuesto para este año sobre el bautismo por la Conferencia del Episcopado Dominicano; pero, sobre todo para refrescar con esta ocasión la memoria de gran labor pastoral y espiritual, de evangelización, de catequesis, y de los sacramentos que con tanto ardor llevaba a cabo Monseñor Polanco, máxime en esta diócesis de Santiago, donde me tocó trabajar a su lado en los primeros años de mi ministerio sacerdotal. Creo que últimamente no se destaca suficientemente ese aspecto de la gran fe y celo apostólico del primer Obispo de Santiago.

Ya todos los periódicos han puesto de relieve su largo, denso y brillante curriculum vitae y sus obras sociales y educativas de gran magnitud y alcance nacional.

También un servidor lo hizo en la homilía que tuvo en este mismo lugar el 12 de marzo de 1994, en la misa de acción de gracias de sus 40 años de su fructífero episcopado.

Me permito repetir algunas ideas que entonces expuse.

Sin desconocer sus aportes en otras obras y sectores vale la pena, como un testimonio episcopal, recordar su trabajo específicamente sacerdotal y eclesial entre nosotros. Para mí y para muchas personas de iglesia la más notable en Monseñor Polanco. Entre otros detalles fue el vivir y el trabajar con el grupo de sacerdotes diocesanos de la ciudad, en un clima de plena amistad y compañerismo, y asimismo estar abierto por igual a todos los sacerdotes religiosos y diocesanos de la diócesis. Todos veíamos en él un amigo, un compañero, un hermano, a



quien nos dirigíamos con confianza, guardándole siempre respeto y obediencia, a pesar de su juventud.

En los momentos fuertes de nuestro calendario litúrgico: Cuaresma, Triduo Pascual, Adviento, fiestas patronales y otras circunstancias más, hacíamos con él en el Obispado nuestros programas de actividades de misiones populares, de retiros, de jornadas con catequistas y apóstoles seculares, y actos penitenciales, y luego todos nos dispersábamos (también Monseñor Polanco) por las diversas comunidades, regresando a las 11 y a las 12 de la noche. Revivo aquella alegría y entusiasmo con que luego en la casa celebrábamos con él nuestros primeros éxitos apostólicos. A base de frase de humor manteníamos los criterios de oración y de estudio de todo sacerdote.

El hombre propone y Dios dispone, Monseñor Polanco fue siempre fiel al lema de su escudo: Non recuso laborem, no rechazo el trabajo. Al llegar a los 75 años de edad renunció al gobierno de la Diócesis de Nuestra Señora de la Altagracia, según lo ordena el Derecho Canónico de la Iglesia, pero no se rinde. Dice la historia que San Benito que en sus últimos días no quiso acostarse y esperó la muerte de pie, trabajando, amando y orando. Así Monseñor Polanco que ya había escrito 20 libros, pequeños unos, voluminosos otros, se preparaba para dedicar los años de retiro a escribir libros, especialmente sobre personajes y temas de la historia de la Iglesia en República Dominicana. Pero inesperadamente un tumor maligno en la cabeza le deterioró en pocos meses la salud, quebranto que él supo soportar con fe, y serenamente esperó la muerte, que le conducía al encuentro definitivo con Dios, con Cristo glorioso. Descanse en paz, y que el Señor siga suscitando muchas y buenas vocaciones y operarios de su evangelio y de su Iglesia. Así sea.

Catedral de Santiago Apóstol

